

dieron la fuga; no hubo resistencia posible; pero el furor subsiste y los 15,000 labriegos que afluyeron á la ciudad estiman, que no han trabajado lo bastante.

En vano se les hace presente que las otras quince compañías de los Pouf-Rouges, no se han movido, que los pretendidos agresores ni siquiera se pusieron en estado de defensa; que durante la batalla permanecieron, en sus habitaciones, y que en seguida por aumento de precaución, la municipalidad les había obligado á rendir y entregar sus armas. En vano la asamblea electoral precedida de una bandera blanca, acudió á la plaza pública, exhortando á los ciudadanos á la concordia. Bajo el pretexto de catear las casas sospechosas, se robó y se pilló. Muchos desgraciados, fueron degollados en sus mismas casas; obreros, mercaderes, ancianos y enfermos, y aun hubo algunos que retenidos en sus lechos por muchos años, fueron arrastrados á los dinteles de las puertas, para ser fusilados allí. Otros fueron ahorcados en la esplanada de Cours Neuf, y otros hechos pedazos con hoces y sables, mutilándoles, las orejas, la nariz, los piés y los puños de ambas manos (1).

Pide la nación la cabeza de Launay

(1) Taine. Loc. cit. tomo I. pag. 328.

para mostrarla al público, y se invita á un hombre que recibió una patada, á que la corte el mismo. "Este cocinero sin acomodo, medio pazguato, que solo había ido á la Bastilla á ver lo que pasaba, juzga que, puesto que esa es la opinion general, la acción es patriótica y aún cree merecer recompensa, destruyendo un monstruo, con un sable que se le presta, y hiere sobre el cuello desnudo (1).... . . . Algunos en fin, aunque habían llegado con buenas intenciones, se sintieron arrebatados por el vértigo, al contacto del sangriento torbellino, y por repentino galpeo de la gracia revolucionaria, se convierten á la religión del asesinato: un tal Grapin, diputado por su sección; para salvar á dos prisioneros se sienta junto a Maillard, juzga á su lado, sesenta y tres horas, y luego solicita un certificado" (2).

"Al principio de la matanza, á los mismos Marselleses repugnaba herir á hombres desarmados, y decían á la multitud aquí están nuestros sables y picadas, dad muerte á esos monstruos" (3).

Pasemos sin tomar más ejemplos del autor citado, á las diferentes revoluciones del

(1) Taine. Loc. cit. tomo I. pag. 59.

(2) Id. tomo II. pag. 296.

(3) Id. pag. 301.

siglo, y lleguemos á la historia de la Comuna donde nos será tanto más fácil multiplicar los hechos, en que abunda esta época, tan cercana á nosotros. Máximo de Campo refiere lo siguiente: ¿Qué pensar del zapatero Ovidio Noe, capitán de la séptima compañía del 284 batallón, que obliga á su mujer y á la de uno de sus amigos, á disparar sus fusiles sobre los soldados franceses, sin otro objeto, decía, que el placer de hacer fuego, para divertirse un poco? ¿Qué pensar del cochero Pedro Miezelage? El 25 de Mayo á las once de la mañana alcanza á ver al curtidor Lelu que se agazapa delante de su ventana, le apunta, tira, y yerra el golpe: el albañil Gilberto Tauveron, fué mas diestro. El 23 de Mayo, entra al núm. 80 de la calle del Hotel —de— Ville, casa de los esposos Faisant, donde tenía su domicilio; Faisant, enfermo y en cama, rogó á Tauveron que no pegara en el pavimento con la culata de su fusil, por que el ruido, le hacía mal á la cabeza, Tauveron no replica, pero abre la ventana, con su fusil en la mano, dispuesto á dispararlo. Faisant se levanta, se le acerca, y le dice: “te ruego estes quieto, si haces fuego por la ventana, vas á proporcionarnos desagradados.” Faisant, vuelve á su lecho, y Tauveron le mira sonriendo y le contesta vaya, teneis un modo

de pensar singular, se me antoja mataros yle mata. En Julio escribía á la viuda Faisant: “os pido perdon por las tonterías, que puedo haberos hecho” (1). Esos hombres son locos, y su lugar está marcado en Chaventon, en la division de los agitados (2).

“En las últimas horas de lucha, los combatientes, han matado al acaso y solo por matar. Detenían á los transeuntes, amotinaban á la multitud, se improvisaban jueces y ejecutaban ellos mismos, las sentencias que pronunciaban. El lunes 22 de Mayo, entre cinco y seis de la mañana, pasaba por la plaza de Fontenay, un hombre de veinticinco á veintiseis años, cuyo nombre ha permanecido ignorado; vestía, la comprometedor blusa blanca, que era para los estúpidos parisienses, la librea de la policía secreta. Se escuchaban sobre el Trocadero las descargas del ejército francés que descendía á la Escuela militar: la población estaba excitada, los grupos peroraban en la plaza. El hombre se detuvo para escuchar, y varios le rodearon, diciéndole: “Tu eres un soplón [mouchard], se defendía; pero hubo alguno que gritó: “Este es el que

(1) Comparar esta respuesta con la del antiguo hugier Bousquet á la viuda del abogado Paqup.

(2) Máximo de Camp. Las Convulsiones de Paris, tomo IV. pag. 151 y siguiente.

incendió la cartuchería Rapp, lo reconozco tenía una hacha en la mano..... Mientras que se le juzgaba, Imber permanecía á un lado diciendo: "Mató, debe ser matado; es doblemente culpable, ha puesto fuego á la cartuchería y dió un golpe con una hacha". La multitud que pareció convencida, comenzó á gritar: ¡A muerte, á muerte, el bribón! Cuando el hombre salió del Hotel—de—Ville, apenas podía tenerse en pié, se le arrastró hasta la avenida Victoria, y se le colocó contra un árbol. Estaba de tal manera debil que se desplomó, lo levantaron, con un cabresto, volvieron á sugetarlo contra el árbol, y con un tiro de fusil le mataron, pusieron el cuerpo en una parihuela, y le llevaron á la Morgue, donde no fué reconocido.

La emulación del asesinato, se había apoderado de los corazones, y las mujeres hacían esfuerzos por elevarse á la altura de los hombres, y lo consiguieron; en más de un caso las víctimas hubieran podido salvarse, si las mujeres no hubieran intervenido y al ver á los hombres vacilantes no les hubieran dicho: cobardese," dando ellas el primer golpe. El martes 23 de Mayo, la batalla se daba lejos del centro de Paris. Un hombre como de cuarenta años, que iba del barrio de San Antonio atravesó la plaza. Llevaba por desgracia una

de esas blusas blancas, que en aquellos días de locura, equivalían á una condenación á muerte. Marchaba á buen paso, y los centinelas lo distinguieron: tenía bigote, luego era gendarme (precioso raciocinio). Un pelotón de federales, le rodeó y condujo á la Petite Roquette, donde se establecía una corte marcial en permanencia. Se empujó al hombre aquel, tras el archivo y se encontró en presencia de sus jueces, que estaban en mangas de camisa al rededor de una mesa, donde no había mas que botellas vacías. El de mayor edad de esos magistrados famosos, no contaba veinte años, La multitud penetró al pretorio; el hombre aquel no se inmutaba, á pesar de los gritos de: ¡fusilarle, fusilarle, es un gendarme, es preciso comerle! "En esa banda se distinguía por sus vociferaciones una mujer, Marcelina Epilly con un fusil en la mano y una cartuchera en la cintura. Superfluo es decir que aquel hombre fué condenado á muerte por unanimidad, y que se le sacó de la prision para ejecutarle. En unos momentos se suscitó una discusión entre el jefe del pelotón de escolta y Marcelina, porque uno y otra pretendían corresponderles el honor de mandar hacer fuego. En presencia de aquella mujerzuela, joven y hermosa, con el corsé abierto y enseñando los brazos desn-

dos, los varones, le concedieron la razón, la besaron y le reconocieron el derecho de presidir el asesinato. El hombre fué llevado á la calle de la Vacquerie y puesto de espaldas contra la pared; pero era enérgico, se arrojó sobre sus asesinos y derribó á muchos á cabezadas; de una zancadilla le hicieron caer y dispararon sobre él. Aunque sangrando y con el brazo izquierdo fracturado, se levantó, entonces Marcelina gritó: dejadme hacer, Puso el fusil en el pecho del desgraciado y disparó; cayó y como aun se movía, le dió el tiro de gracia. Los dos hechos que anteceden pertenecen á la "Justicia del pueblo." Los elegimos entre otros muchos, porque denotan una inconsciencia, que parece ser el alma misma de las multitudes. Basta una sospecha toda protesta es inútil, toda prueba ilusoria; la convicción es profunda. Se aprehende á un hombre, se le acusa, se le juzga, se le condena ó aprisiona, sin pensar ni en preguntarle su nombre! Si este hombre es un transeunte inofensivo, tanto peor para él, no debió pasar por allí." (1).

(1) Máximo de Camp. L. cit. tomo IV. p. 151 y 155. Esa reflexión del gran escritor, es, y quizá le ignora, una respuesta estereotipada, á mi mismo me la dieron en una circunstancia, que poso á relatar, porque denota bien, el estado de alma de las multitudes criminales. Era el mes de Mayo de 1882, era yo estudiante y había un poco de efervescencia en el Quartire Latin. No valga yo, más ni menos que

La multitud es inconsciente en sus asesinatos: necesita víctimas, y se las procura sin tardanza. Prefiere matar á sus amigos con sus enemigos, ó á los que por tales toma, que esperarlos aisladamente. Un federado, arrojó su fusil, y se agarró á brazo partido con cada uno de los sacerdotes; los alzaba y arrojaba por detras del muro, en medio de los aplausos de la multitud. El último sacerdote resistió, y cayó arrastrando con él al federado; los asesinos estaban impacientes, hacian fuego y mataron tambien á su camarada.

mis condiscipulos; pero no me agradaba mezclarme en cosas en las que nada tenía que ver. El 27 de Mayo entraba á mi casa á las doce de la noche, despues de haber pasado al unas horas en compañía de dos de mis amigos. Repentinamente, en la esquina del boulevard de San Miguel y calle de Sufflot, me vi rodeado de guardianes de la paz, que con una generosidad digna de elogio me prodigaban golpes con sus garrotes. Yo protestaba ante los guardianes del orden, mientras que mi amigo más maligno que yo y que demostró en ese encuentro un verdadero valor, respondía los golpes con los piés, las manos y el baston. Cosa notable F... (no quiero comprometerle, porque hoy es médico militar, no sacó ni un solo golpe, en tanto que continué recibiendo los, y algunos de la mayor gravedad.

No es raro ver á esos guardianes de la paz, si así puede llamárseles, encarnizarse con un herido, incapaz de defendérse, embrutecido por los golpes que le han inferido en la cabeza, y dejar á un lado, sin tocarlo, á un valiente, que les responde en su mismo lenguaje de obras. A todos mis reclames se contestaba. Para no haber sufrido, lo mejor que hubierais debido hacer era no haberos encontrado allí; peor para vos. Cuando llegué al puesto de policia estaban en él muchos agentes. ¡Ah tanto mejor exclamaron, uno de esos canallas, estudiante herido; á lo que siguieron gritos y palabrotas. Vease este asunto en el *Oficial* del 7 de Junio.

No se puede negar tampoco que las tropas francesas al entrar victoriosas á Paris, despues del segundo sitio, exasperadas por la guerra de calles y barricadas, que acababan de sostener, por los asesinatos de los rehenes, por el incendio de los más hermosos monumentos, no hayan sido víctimas del contagio homicida, en el más alto grado. Sin duda en toda guerra civil, pasan efluvios de muerte; pero comunmente se desarrollan menos bien, por que el terreno carece de la suficiente preparación. Aquí la cólera que causaron los crímenes cometidos por los subleados, en presencia del enenigo, y al otro día de nuestras derrotas, basta para explicar el rigor con que fué reprimida la Comuna.

Muy cerca de nosotros encontramos el abominable asesinato del infortunado Watrin, que es demasiado característico como crimen de las multitudes para que le pasemos en silencio. Desde el principio de 1885, se había visto en las paredes de Decazaville, esta inscripción trazada con yeso: *Watrin está condenado*. Por eso muchas gentes decían: si hay huelga en Decazaville, el subdirector está seguro de su negocio. El 26 de Enero de 1886, Watrin llegó á su despacho á la una p. m. Un obrero, Bedel, se presentó á la puerta á la cabeza de un grupo, formulando imperio-

sas reclamaciones; sus compañeros vacilaban. — 'Cobardes, les grita, le teneis entre las manos y no os moveis; si no quereis decirle nada, sea: estranguladle!'. Entonces invadieron todos el despacho, rodearon al subdirector y le intimaron les siguiera á la alcaldía, para que allí se tomara nota de sus reclamaciones. El se detuvo un momento; pero deseando evitar toda violencia, se puso en camino. La multitud comenzó á gritar:—¡Al agua! ¡Muerte a Watrin! ¡á la presa al explotador! "Se le comenzó á arrojar lodo, Watrin logró adelantarse y acompañado de dos ingenieros que encontró, tomaron el camino de la alcaldía, donde entró en medio de las amenazas de la multitud, que le siguió hasta el interior. El alcalde exhortó á los obreros, para que se moderaran, invitándolos á delegar á algunos de ellos, que se encargaran de exponer sus quejas; pero le respondieron con los gritos de: "¡A muerte Watrin! ¡queremos la piel de Watrin! Al agua el Prusiano! ¡Al agua!" No obstante, se designó á los enviados, que subieron á la Sala del Consejo Municipal, y establecieron condiciones, Watrin en nombre de la Compañía prometió el pago por quincenas pero respecto á las otras exigencias, dijo que era necesario esperar el regreso del Señor Petitjean: que en cuanto á su dimisión, solo la

Compañía tenía el derecho de pedírsela. Estaban pues en pláticas, cuando llegó el Señor Laur ingeniero en jefe de las minas, que intentó una tregua procurando llevarse á los asistentes. Watrin pretendió unirse á una visita que iba á hacerse á Bourran, cuyas canteras estaban en un estado lamentable: mala inspiración. Luego que se dejó ver, le acojió un segundo clamoreo y comenzaron á apedrearle. Laur, Chabaud, y Verzat, buscándole un refugio, le condujeron á una casa medio ruinoso, y los dos ingenieros subieron hasta el primer piso con el subdirector, y echaron llave encerrándose los tres, en aquella especie de reducto.

Pero mil quinientos ó dos mil operarios, estaban al pié del edificio, gritando: ¡queremos á Watrin! Colocan una escala contra una ventana, á donde trepan algunos armados; de palos; otros fracturan la puerta exterior, y se lanzan á través de la escalera, invadiendo en su irrupción, la pieza que abrigaba á Watrin y á sus compañeros en el peligro. El subdirector comprende que su resistencia exaspera al enemigo y valerosamente avanza, recibiendo en el acto un tremendo golpe en la cabeza, con una barra de encino. Un obrero de la herrería, llamado Lescure, fué el que de ese modo dió señal de la agresión armada.

Watrin al caer lanza un grito de dolor, y pierde gran cantidad de sangre por su herida. Chabaud al socorrerle queda también lesionado y se le une para sostener al herido otro minero Blauc, les lanza una de las hojas de la puerta rota, cuyo golpe esquivan, procurando á la vez calmar la agitación.

Al aproximarse la noche los obreros del pueblo, abandonan su trabajo, y acuden á engrosar el número de los sitiadores. El alcalde Sr. Caryade va en busca de Watrin, y le dice: "Dad vuestra dimisión, es el único medio de apaciguar la cólera." El subdirector consiente, y Caryade, presentándose en una ventana, informa á la multitud de este resultado, que debe decidirla á la dispersión. Repentinamente todo queda en silencio; pero ¡ay! dura poco. Voces de energúmenos se hacen escuchar: "¡No queremos la dimisión sino á Watrin! ¡A muerte!, ¡á muerte! El tumulto, aumenta la oscuridad es completa; no hay un solo gendarme, y aunque el alcalde da á los amotinados la orden de retirarse, se precipitan á la sala y caen sobre Watrin: veinte brazos se extienden y se apoderan de él, le arrinconan en uno de los ángulos de la chimenea, le derriban, le patean, luego le levantan en peso y le dejan caer de una altura, es indescriptible, abominable aquel infame